

dad de ellas, en la raza futura; por eso podían ser menos perfectos que ellas, las receptoras supremas del futuro, las captadoras de lo mejor y más selecto en el mundo que se les acercaba».

«Soy distinta cada vez que me baño... Y hay días en que no estoy conforme como amanezco, y gracias al baño se me destiñe el alma que no me gustaba».

A ratos la fisiología sin nacionalidad.

«—Esa es una tuberculosa... Mira... Pero su enfermedad no se come sus piernas... Morirá con esas piernas que son macizas y orgullosas»...

«Al fin del mundo todos serán argentinos».

«Veía lo que de trasconejado hay dentro de todas las razas».

«Tenía paradas entre raza y raza, pasos en falso, ausencias en las grandes quebraduras. No era un norteamericano, porque estaba lleno de razas más disparejas, rubias y morenas, gitanas e inquietantes».

Así, mitad greguería mitad ensayo, transcurre la novela de Gómez de la Serna. El héroe da término a sus correrías por Europa regresando a Buenos Aires en un solo vuelo, por avión. Réplica moderna al viaje lento y hazañoso de sus antepasados. Gómez de la Serna ha venido a buscar Europas en América. Desde luego, las ha encontrado.—JUAN URIBE-ECHEVARRÍA:

<https://doi.org/10.29393/At143-114MFTI10114>

TEATRO INFANTIL, por *Blanca Dalla Torre Vicuña*.

Blanca Dalla Torre Vicuña—la dignísima compañera de esa figura representativa del intelecto cuyano que es Ricardo Tudela—cumple en Mendoza una labor tan esforzada como de mérito propio y singular. El «Teatro Infantil Pulgarcito» es la obra que polariza su extraordinaria tenacidad y la vivísima inteligencia con que sabe mirar el cosmos humano que es el niño. Su aguzada sensibilidad le ha llevado con firmeza por ese déda-

lo de sugerencias, de reacciones, de expresiones y contrastes que integran el pequeño mundo absoluto que es el niño, la revelación de cuya interioridad u observación impone, ante todo, una firme capacidad de penetración. Al frente de su teatro infantil, Blanca Dalla Torre Vicuña ha obtenido el triunfo más deseado por toda mujer: la conquista del yo subterráneo del niño, el dominio sobre su temperamento, la hegemonía tácita sobre la responsabilidad tierna, bullente de dotes, de este hombrucito que se va madurando en el tiempo, a veces precozmente, al calor de duras circunstancias o de despliegues de instintos e inteligencia que se anticipan al proceso común. En manos de Blanca Dalla Torre Vicuña, el alma del niño, el ingenio del niño, ha sido materia dócil, y hoy se le rinde con plasticidad, en una suerte de reciprocidad de dones. Blanca Dalla Torre Vicuña ha realizado un periplo rico en experiencia por las cimas y las honduras del niño. Sus ojos esclarecidos por la luz de un ardoroso afán, supieron discernir lo más puro, descubrir lo que es esencia y representación, acendrando tal experiencia en las realizaciones sobre el tablادillo. En el goce del espectáculo de mundo tan misterioso, ha hallado inspiración para la obra exterior, ha adquirido seguridad en el gobierno de sus pequeños actores, gobierno suave, de influjo, no de presión.

He aquí el secreto de la disciplina de su teatro infantil, de la desenvoltura de sus intérpretes, del modo «creador» con que actúan en escena. Libre de imaginación, en sensibilidad, en inteligencia, Blanca Dalla Torre Vicuña ha hecho de sus pulgarcitos actores libremente posesionados de sus roles. Les ha dado, buscándola por los caminos más ciertos, la superior libertad humana: la libertad de la alegría. Y he aquí como sus pequeños actores, en la plenitud del sentirse libres en la alegría y alegres en la libertad, juegan y crean los argumentos breves que Blanca Dalla Torre Vicuña les busca con propiedad o les incita a componer. La experiencia de esta mujer es, pues, cabal: indaga y comprueba; hurga en los filones ocultos de cerrado secreto, y pone, a flor de

superficie, en luminosas realizaciones, sus hallazgos de fondo complejo, con lenguaje y por movimientos simples. Es una labor admirable.

De ella nos entrega ahora una parte en un libro que acaba de editarle «Ercilla» en Santiago de Chile: «Teatro Infantil», que encierra obras para varones de 7 a 11 años. Son cortos juguetes o monólogos que, a diferencia del criterio usual en esta materia, carecen de intención moralista como tono predominante. Se sabe cuán llana es la comprensión distintiva del mal y del bien, de lo malo y de lo bueno, de la solidaridad y de la hostilidad, en el niño; también es sabido que en esa comprensión suelen operarse deformaciones, muchas veces exageradas o hipócritas, como reflejo de los prejuicios del adulto, trabajado por asedios y desquites. Aquella comprensión despojada de turbiedades aparece en las piezas buscadas por Blanca Dalla Torre Vicuña, a manera de imbricación casi insensible. Porque ella ha buscado, ante todo, la suscitación del amor y la exaltación de la imaginación, esas dos temperaturas espirituales que en el niño no presionado se dan en ricas exteriorizaciones, ya en el juego escénico, ya en la creación lírica tal como nos lo revela en un fino estudio el poeta belga Georges Linze («El misterio de la infancia»). La tarea de Blanca Dalla Torre Vicuña ha centrado en lo escénico su mejor espíritu creador, por lo mismo que en el remedar el niño pone esa pasión vital que le desborda. En el universo que le hace atmósfera—en los seres y en las cosas y en sus singulares correlaciones—halla el niño su inspiración propia, la fuente de sus incitaciones, el caudal de sus «figuraciones», que asumen contorno de prototipos. Esas «capturas»—como dice Georges Linze—son las que alientan en sus creaciones escenificadas, para cuya supervisión es menester el conocimiento de cómo son tales «capturas», cuál es la corriente vital que le da tono peculiar. Y ese conocimiento es el que posee, con abundancia, Blanca Dalla Torre Vicuña, según lo demuestra en este libro. De los motivos de la alegría del niño, ha buscado ella ese, por virtud del cual el

niño da rienda suelta a su personalidad: el humorismo. En las cortas piezas recopiladas en «Teatro Infantil», diálogos, situaciones, intenciones y alusiones se gobiernan por un buen humor limpio y directo, que por instantes asume la entonación de las clásicas farsas castellanas e itálicas, con su prosopopeya ingenua y burlesca, donde la crítica de las flaquezas humanas rezuman picardía antes que censura punzadora. Ni deja de faltar el parlamento de agudeza trascendentalista, que envuelve un planteo del problema de la personalidad humana a la manera de Pirandello, como este:

«*Borombón.*—Déjame la capa. No te pesará.

*Escapino.*—Ciertamente, si me la quitas, dejará de pesarme. Pero la capa es casi todo yo. Es mi aspecto. Todos me conocen por ella. Nadie me ha visto por dentro. Abandonarla, ¡nunca!

*Borombón.*—Si nadie te conoce sin ella, yendo sin ella te creerán cuanto digas, como a hombre nuevo».

Ni tampoco deja de haber algún error sobre un personaje de existencia real, como el de creer negro al que es blanco y excelente bailarín de film Fred Astaire.

En una palabra: la obra de Blanca Dalla Torre Vicuña demuestra sus vigorosas condiciones de educadora verdadera, es decir, de artista de la educación, porque ésta, sin el sentimiento profundo del arte, es fría e inhumana pedagogía.—MARCOS FINGERIT.



DIARIO DE MI SENTIMIENTO, por *Alberto Hidalgo.*—Talleres Gráficos Excelsior. Buenos Aires, 1937.

Libros hay que, doblada la última página, nos dejan la impresión de haber conocido a un gran escritor, a un gran artífice de esa cosa falsa que es el arte, y un sabor a técnica sabia, a